

LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Palabras pronunciadas por el señor General (R) Julio Londoño con motivo del Sexagésimo Aniversario de la Fundación de este Instituto.

Quienes hemos seguido con justo regocijo la revolución material de la Escuela Superior de Guerra desde su instalación hace ya sesenta años en este edificio que soporta dignamente el adelanto avasallador de la ciudad, hasta el cómodo sitio en que hoy cumple su labor, lo tomamos en poco cuando lo comparamos con el vasto progreso realizado en los campos de la inteligencia y del espíritu.

Y es precisamente a este cambio al que quiero referirme en forma breve porque lo considero como un caso ejemplar entre el conjunto de las instituciones nacionales.

Durante doce lustros han pasado por la Dirección de la Escuela, Oficiales que han puesto la vida entera a su servicio y cada uno de ellos ha dejado, a quien le ha sucedido, lo que creía más adaptado a las circunstancias del momento. Muchas veces quizás, el adelanto fue precario pero siempre fueron dilatadas las esperanzas.

En esta forma hemos asistido a la transformación más noble, a la evolución más digna y a la transición más equilibrada que pueda presenciarse. Comenzaron los trabajos a principios del siglo cuando la meta de los ejércitos tenía que ser lo heroico. Flotaba en el aire la fascinación de los grandes caudillos que parecían escogidos por el destino para cumplir designios imperecederos. Gesta y laureles nos llevaban de la mano.

Tardíamente, y cuando los países de Europa se destrozaban en una contienda que hizo estremecer el mundo, nos dimos cuenta de que no bastaba una personalidad intrépida para obligar al éxito a colocarse de nuestro lado, sino que era imperioso, además, aplicar una serie de métodos, una sucesión de normas casi invisibles como los hilos de una red que hábilmente manejada aprisionara el triunfo. Eran ellos los que habían realizado —desde Bonaparte hasta César— las victorias que

con resplandores rojizos iluminaron de trecho en trecho, por un segundo, el camino inseguro de la historia.

La búsqueda tenaz de esas prodigiosas nervaduras que aseguraban la ventaja, constituyó en todas las escuelas de guerra disciplina fundamental. Con habilidad cuidadosa se desmontaban los grandes acontecimientos guerreros. Los hechos sobresalientes se hurgaban impaciente en busca de los secretos resortes que habían creado el prodigio. Toda victoria se disecaba para intentar descubrir la fibra mágica, y con ejercicios y maniobras se trataba —afán quimérico— de colocarla infinitamente cerca de la realidad.

A pesar de su aparente inmutabilidad los principios no daban la respuesta deseada. La experiencia mostró que aunque su olvido aproximaba a la derrota su cumplimiento no aseguraba la victoria. Existía un "algo" indispensable para que esos preceptos adquirieran vida cuando dejaban el terreno de la teoría para enfrentarse a la porfiada realidad. Era el momento en que un nuevo cambio en la Escuela Superior de Guerra debería sucederse.

La respuesta a ese "algo" que parecía tocar, por así decirlo, la naturaleza misma del secreto tan largamente perseguido, pareció darlo la técnica. Prodigiosos inventos de destrucción aparecieron sin cesar. Los principios antes hallados parecían naufragar en este tráfago de perfecciones materiales. El hombre —siempre como común denominador de todas las doctrinas militares— contaba en cuanto era experto en el manejo de los nuevos elementos

ayudado por su audacia y su coraje. Al mismo tiempo que el valor contra el valor estaba la máquina contra la máquina. Pero de nada valía tanta maravilla si la cohesión de todas las partes no era perfecta, si no resucitaba la irrompible firmeza de la centuria romana. Era forzoso evitar las hendiduras por pequeñas que fuesen, a través de las cuales insensible y traidoramente se filtraba el desastre. Mientras esa adherencia persistiera el hombre no podía retirarse, se vería arrastrado por una especie de poder magnético que atraía hacia un éxito esa masa indivisa y cada uno sentiría su corazón más seguro como si energías extrañas vinieran en su ayuda. Fue entonces cuando la Escuela reunió en su seno las ramas de las diversas fuerzas armadas y todas las mentes quedaron unidas por una sola idea que multiplicaba nuestro reducido poder por un coeficiente inmenso.

Pero no era este el último eslabón de la interminable cadena de transformaciones. La lógica confusa de los acontecimientos hizo que muchas veces el hombre estuviera más seguro en el frente que en el interior de una fábrica o en el trabajo de su campo a centenares de millas de la línea de fuego. Eran arrasadas ciudades donde mujeres y niños morían sin piedad. En efecto, no era ahora solamente el material lo que contaba. La protección del país con sus aglomeraciones humanas, la defensa de grandes urbes de donde la gente indefensa no podía huir y donde se pensaba que se escondían las raíces de la resistencia al ren-

dimiento sin condiciones. Y esta circunstancia imponía una renovación en la Escuela. Ya el alto jefe no podía conocer únicamente lo bélico; necesitaba conocer mucho sobre el potencial del país; era preciso que estuviera al tanto de todos los recursos, no solo para defenderlos sino también para alimentar la voracidad insaciable de cualquiera emergencia. Conocimientos hasta entonces llamados civiles invadiendo el campo que antes correspondía exclusivamente a lo castrense. El postulado de Clausewitz de que la guerra era la continuación de la política por otros medios, se mostraba vacilante; la guerra parece ser ahora parte integrante de la política. La Escuela necesitaba entonces profesores que presenten los hechos económicos, los momentos sociales, las tendencias ideológicas, la complejidad industrial y otras muchas cosas que intervienen directamente en los cálculos militares. Las contiendas no son ahora el trágico entrevero de dos ejércitos que se baten sino de dos países que se aniquilan. Por tanto, los mandos actuales no solo tienen que elevar de continuo sus conocimientos militares sino estar naturalizados con campos intelectuales que antes no parecían tener nada de común con su carrera. Es por eso que al iniciarse un curso los alumnos comienzan sus tareas con palabras de aliento del señor Presidente de la República. A él le siguen destacados especialistas que ocupan cátedras de singular importancia. Dentro de poco tendrán que comprometerse con el belicismo estelar de los momentos actuales o con el rastreo del

fondo de los mares en donde las potencias de hoy creen poder establecer centros de destrucción más seguros y terribles. Vendrán así rumbos a cuyo lado continuarán los estudios fecundos sobre la seguridad interna que tratan de comprometer grupos exaltados, misioneros de la barbarie que con consignas sangrientas pretenden cambiar el desarrollo de nuestro continente, y cuya furia ha sido domada por las fuerzas armadas con una eficiencia que no iguala ninguno de los otros países de América.

Este amor al país, esta sucesión ininterrumpida de esfuerzos ha sido siempre la directriz de la Escuela, lo cual constituye un hecho excepcional entre nosotros. Cada uno de quienes hemos tenido el honor de guiar esta institución vemos, a veces quizás con un poco de melancolía, cómo la urgente necesidad de transformación ha tenido que poner de lado gran parte de las ideas que tanto amamos, porque todo, con mayor rapidez de lo que suponíamos, ha tomado rumbos insospechados no solo en Colombia sino en el mundo entero.

Es por eso que la Escuela en diferentes ocasiones ha tenido en su seno dignísimos oficiales extranjeros, hombres empapados de las mudanzas militares acaecidas en tierras lejanas y que solo habían llegado hasta nosotros como rumores inseguros. Ello hace que esté hoy presente entre nosotros el espíritu de Francia, de Alemania y Suiza, de Chile y los Estados Unidos. Los que tan desveladamente nos ayudaron no solo

hicieron honor a sus países sino que merecieron la gratitud del nuestro.

Cada director cumplió con su deber; cada alumno recibió de nosotros lo que teníamos que dar. Bien pagados estamos con que nuestros nombres se recuerden con respeto y gratitud. Y estoy seguro de que lo mismo habrá de pasar con los discípulos de hoy en donde están los directores de mañana.

Pero por grande que haya sido el

cambio en el progreso ininterrumpido queda como parte intacta, segura, inmutable, el amor a la patria; el respeto a sus instituciones y la seguridad incancelable de que en la portada de la Escuela Superior de Guerra ondeará en todo momento inmaculada y noble la bandera de Colombia.

Julio Londoño.

Bogotá, D. E., mayo 5 de 1969

